

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA CENA OFRECIDA EN SU**  
**HONOR POR EL PRESIDENTE DE VENEZUELA, CARLOS ANDRES PEREZ**

CARACAS, 9 de Octubre de 1990.

Muy estimado Presidente y amigo Carlos Andrés Pérez;  
Señora de Pérez; señoras y señores:

Las palabras tan elocuentes como generosas del Presidente Pérez responden, sin duda, a un sentimiento común de venezolanos y chilenos. Nuestras patrias están hermanadas desde sus orígenes; la figura de Bolívar está en el corazón de los chilenos desde niños, y los niños chilenos aprenden que nuestro Libertador O'Higgins aprendió la vocación libertaria de un venezolano, Francisco de Miranda. Bello une a nuestras patrias durante largos años de fructífera labor en Chile, labor que se proyecta en su creación múltiple como jurista, como poeta, como filólogo, como ensayista, y sigue vigente hasta hoy día, en nuestra universidad, la principal universidad chilena, obra de Bello, en nuestro Código Civil, obra de Bello.

Los chilenos queremos a Venezuela, queremos a los venezolanos, y sin duda ustedes nos quieren a nosotros. Y eso explica que cuando uno u otro país ha vivido días duros de sufrimiento, de privaciones, de pérdida de la libertad -que es el don máspreciado para un hombre libre- venezolanos han encontrado más que asilo, un hogar acogedor en la Patria chilena; y chilenos han encontrado lo mismo, y redoblado en estos últimos años, en la Patria venezolana.

Hablábamos con Enrique Silva, mi Ministro de Relaciones, y con el señor Canciller Figueredo, que debiéramos reconocer en la institucionalidad de nuestros países, una realidad humana que trasciende esa institucionalidad, que es, en el fondo, la doble nacionalidad, la nacionalidad de chilenos que, al arraigarse en Venezuela, son venezolanos y no dejan de ser chilenos; y de venezolanos a quienes pasa otro tanto cuando hacen parte de su vida en Chile.

Tiene razón el Presidente al decir que es hora de mirar hacia

el futuro. El ha sido muy generoso para calificar mi actuación. Yo digo que "el Diablo sabe más por lo viejo que por lo Diablo". Los años me han enseñado a superar el temperamento apasionado y reemplazarlo por la búsqueda de los consensos. Eso me ha permitido, por voluntad de muchos chilenos de buena voluntad, algunos antiguos amigos míos, otros antiguos adversarios míos, pero no por eso menos amigos, me ha permitido encarnar y encabezar un proceso que es verdaderamente rico en calidad humana.

Yo no puedo ocultar que siento cierto orgullo, cierta satisfacción de estar encabezando un equipo humano tan pluralista, de concepciones ideológicas y filosóficas tan diferentes y, sin embargo, tan integrado, tan comprometido en la tarea de realizar ideales comunes, valores comunes, que trascienden muy por encima de nuestras diferencias. Y no puedo ocultar que en este esfuerzo estamos encontrando que respondemos a un anhelo profundo de paz que prevalece en la sociedad chilena.

Fue tan agria la disputa durante tantos años que llegó un momento en que a los chilenos les nació desde el fondo del alma cierta voluntad de preferir la paz a la guerra; de preferir el encuentro a la confrontación; de preferir buscar grandes acuerdos y reconocer en el adversario un hermano. Y eso que ocurre en el seno de la Concertación de Partidos por la Democracia, que es el fundamento político de mi Gobierno, trasciende a la Concertación. Eso nos ha permitido estar realizando una política en la cual, dentro de los marcos legítimos de la diferencia entre Gobierno y oposición, hay una relación de entendimiento, de búsqueda de acuerdos, de búsqueda de soluciones consensuales, cada vez que ello es posible.

Ello tiene especial trascendencia en el esfuerzo que estamos haciendo para concertar a trabajadores y empresarios. A poco de asumir el Gobierno, se celebró en Chile, por iniciativa del Gobierno pero con la colaboración de la Central Unitaria de Trabajadores y de la Confederación de la Producción y del Comercio -la principal organización empresarial- un Acuerdo-Marco entre trabajadores y empresario, como para establecer ciertas reglas del juego.

Esto está permitiendo que vamos caminando para reconstituir una democracia que tiene dos tremendos desafíos: el de conciliar, como lo dije en el Congreso, la democracia, las instituciones libres, la convivencia fundada en la tolerancia y en el respeto a las personas; la plena vigencia, para todos, de los derechos humanos, con una economía próspera. Porque durante mucho tiempo en nuestro Continente se ha puesto en duda que las democracias sean capaces de ser eficientes en materia económica. Se ha dicho: "sí, la democracia, pero la democracia todo se vuelve discusión y los países no progresan; entonces se necesitan gobiernos fuertes para que los países progresen, para que se cree riqueza, para que los empresarios tengan seguridad e inviertan, para que haya

prosperidad económica".

Y nosotros estamos intentando demostrar, como lo están haciendo ustedes en Venezuela y como lo estamos haciendo todas las demás naciones de nuestro Continente hoy día que viven, felizmente, por primera vez, todas en regímenes democráticos, de demostrar que es posible el crecimiento y la modernización económica dentro de la democracia, que es posible la eficiencia dentro de la democracia.

Pero necesitamos algo más. Necesitamos hacer coincidir democracia, prosperidad económica, con justicia social, porque si la democracia y la prosperidad económica significan condición de vida satisfactoria para una parte de la población y deja marginado de sus ventajas, aunque tengan derechos y sean respetados en su libertad, pero no logren participar en los beneficios del crecimiento, del progreso, del mejoramiento de las condiciones de vida, del bienestar material a que todos los seres humanos aspiran, a grandes sectores de la población, todo lo demás estará pendiente de un hilo. No habrá estabilidad en la democracia ni habrá estabilidad en la economía, sin justicia social.

Tenemos entonces que aspirar a realizar las tres metas simultáneamente y ese es nuestro gran esfuerzo, esfuerzo difícil pero tarea posible. Y en esta tarea es evidente que nuestros pueblos no pueden entender que son islas, que pueden abordarlas solos en el mundo. Este mundo cada día más chico, es cada día más integrado. Los medios de comunicación modernos, la comunicación por satélite, que nos permite estar viendo en el momento en que ocurren los hechos que suceden en las Antípodas, ha empequeñecido el mundo. Y, en consecuencia, es indispensable que nosotros realicemos este proceso plenamente insertados en el mundo en que vivimos.

Y ese mundo empieza para nosotros en nuestro Continente. Nuestro Continente es nuestra familia, nuestro Continente es nuestro habitat. La inserción de Chile a la comunidad internacional que se concreta, luego de los años de dictadura, en mi participación hace 10 días en la Asamblea de las Naciones Unidas, se concreta en el ámbito latinoamericano, que es nuestra familia, en la incorporación, que agradezco al Presidente Pérez y a los demás Presidentes del Grupo de Río, a este Grupo en este momento.

Yo creo que en el pasado la ideología nos llevó a pretender forzar la realidad sobre la base de esquemas teóricos. Y, entonces, tanto en el plano de las políticas nacionales internas como en el plano de los procesos de integración, quisimos marchar muy sobre la base de esquemas ideológicos preconcebidos. La vida nos ha enseñado que la realidad no siempre se amolda a las ideologías. Los ideales son siempre necesarios; los principios no se pueden abandonar; las metas nobles a que aspire el ser humano

deben ser siempre las metas de todo político, de toda acción política. Pero ésta se realiza, se alcanzan esas metas, caminando con los pies sobre la tierra, teniendo en cuenta las circunstancias tales como se dan, y entonces se impone la necesidad de conciliar idealismo con realismo.

Creo que en eso estamos y que en los esfuerzos de complementación de nuestras economías, de creación de mercados comunes, de creación de espacios de libre comercio, de integración de unos con otros, por vías bilaterales, a base de formación de pequeños grupos, vamos avanzando como las circunstancias lo permiten, a partir de la realidad de nuestras diferencias en sistemas económicos, de nuestras diferencias en regímenes de aranceles, de nuestras características propias de la evolución de cada país. Pero vamos avanzando hacia una meta común, tenemos clara la meta hacia donde tenemos que llegar y vamos progresivamente caminando.

Yo quiero decirle, Presidente, usted ha sido líder en América Latina en la lucha por muchos de estos valores. Usted se ha jugado por la integración. Chile está decididamente comprometido en esta lucha. Chile, más allá de las diferencias entre Gobierno y oposición, más allá de las diferencias partidistas, entiende que pertenece a América Latina y que nuestro destino es la superación mediante la integración, y que tenemos que trabajar juntos.

Por eso, no sólo avanzamos por la vía de los convenios y de los progresos que se puedan hacer en programas de integración, sino que le atribuyo mucha importancia, avanzamos en el intercambiar permanentemente opiniones entre nosotros, en hablarnos con franqueza, en contarnos nuestros problemas y ayudarnos recíprocamente; en pensar juntos la realidad de nuestro Continente para que nuestro Continente y nuestras Patrias de América Latina puedan cumplir su destino dentro del conjunto de las naciones del mundo.

Por todo esto, Presidente, en nombre de quienes me acompañan y en el mío propio, le expreso nuestro más sentido agradecimiento por esta recepción tan afectuosa que hemos tenido del Gobierno de Venezuela, del Parlamento o Congreso Nacional de Venezuela, y que estamos sintiendo en las calles, el afecto del pueblo de Venezuela, y yo los invito a que brindemos por la reafirmación permanente de a amistad y complementación entre nuestros países, por la grandeza de Venezuela y por el bienestar personal y el éxito del señor Presidente.

\* \* \* \* \*

CARACAS, 9 de Octubre de 1990.  
MLS/EMS.